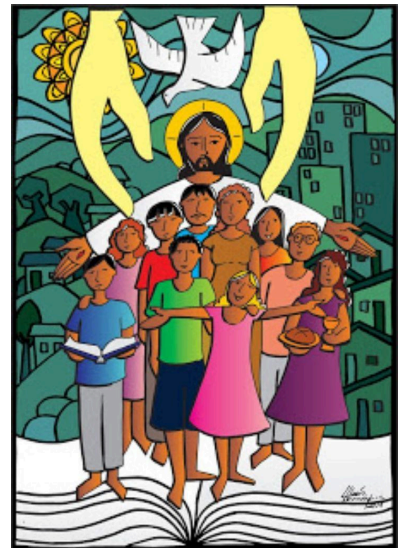


Domingo de Pentecostés – Jn. 20, 19-23

Celebrar Pentecostés es abrirnos comunitariamente al don de la alegría y la esperanza que brotan de la Pascua, renovando la certeza de que Jesús cumple su promesa de estar cada día con nosotros, hasta el final. Es acoger el don del Espíritu que, como fuego, viento, savia e impulso, sostiene desde abajo y desde dentro toda la creación.

Tanto el relato de los Hechos de los Apóstoles como el de Juan nos presentan una comunidad encerrada hacia adentro de sus tristezas, de sus expectativas insatisfechas, del miedo a terminar igual o peor que aquel Maestro en quien habían depositado su esperanza. Pero en esa situación de confusión y de parálisis, se hace presente el Espíritu como soplo que sacude y ordena el caos, al igual que en el relato creador; que pone en movimiento y envía para que la vida pueda florecer. Lo que pasó exactamente no lo sabemos, pero sí sabemos que aquella pequeña comunidad atemorizada sale al encuentro de la gente y ya no puede callar lo que ha visto y oído; no puede dejar de anunciar, con la palabra y con la vida, el modo de amar de Jesús de Nazaret, aunque esto les traiga problemas.

Como en aquella primera comunidad, el Espíritu enciende en nosotros la memoria de Jesús, para quien vivir la misión que el Padre le encomendó fue entrar en ese aliento vital del amor que se compadece, cura, transforma, perdona, lava, renueva, levanta y resucita. Un dinamismo que nada tiene que ver con vivir agobiados, inquietos o apurados, sin capacidad de reconocer a quienes están alrededor, sino con un modo de caminar juntas y juntos desde la ternura que cuida y la justicia que abre cauces a la paz.



El Espíritu es aliento de vida en nuestros encierros y dificultades, allí donde pareciera no haber salida; es brasa, calor y luz en las incertidumbres y confusiones que experimentamos. Es soplo que susurra alternativas, que limpia la mirada incapaz de reconocer los signos de resurrección y que entrelaza nuestras fragilidades en nuevos tejidos solidarios que arropan la intemperie de tantos. No estamos solos en lo que vivimos a nivel personal, del barrio, del país o del mundo. No estamos solas en medio de tanta violencia prepotente, tantas críticas descalificadoras, tantos intentos de volver atrás para conservar poder. El Espíritu del Crucificado Resucitado sigue obrando pacientemente en nosotros y en toda la creación. No lo hace mágicamente, sino con nuestra complicidad y con la de tantas mediaciones discretas y cotidianas que tenemos que descubrir. Sopla y anima en nosotros lo mismo que animó en Jesús: hacernos hermanas y hermanos, sin primeros ni últimos.

Carina Furlotti